

Muñeca

El escenario es un tanto patético. Quizá parecido a los encuentros de fútbol que se juegan los fines de semana en el barrio. La mayor cantidad de público ingresa por las gradas de concreto. Otros, los que no han cancelado su boleto, permanecen subidos en árboles o en los tejados de las casas vecinas. Sobre las dos puertas de entrada un rótulo amenaza que no es permitido el ingreso de niños. Sin embargo, se percibe la presencia de algunos de ellos apresurados por las esquinas de los corredores de preferencia.

Los que han pagado un precio más elevado para observar de cerca el espectáculo saben, sin preocupación, que su asiento está reservado. Algunos beben cerveza, fuman cigarrillos y conversan de los anteriores combates en una caseta que exhibe un hermoso trofeo de primer lugar. Cada uno hace alarde de quién será el ganador de las apuestas.

Hasta arriba, amarrada con dos lazos naranja y azul a un poste de luz eléctrica, y a una centenaria jacaranda, cuelga una manta en la que se lee: “Hoy pelea estelar; **Muñeca** versus **Mandíbula**”. La primera de ellas soy yo.

Durante seis meses he entrenado de entreno horas extras diariamente.

Bueno, si no me han identificado aún, soy una perra American pit bull terrier. Mis ojos son amarillos tirando a fuego, mi nariz es roja y alcanzo las seiscientas libras de presión en la mandíbula. A la fecha no he perdido una sola pelea. Es por eso que estoy introducida en este pequeño cuartucho de no más de dos metros cuadrados, a la espera de que el reloj marque las dos de la tarde para lanzar la primera tarascada a mi rival.

Muy pocas veces me ha inquietado conocer quién será mi adversaria. Me inquieta un poco cuando el entrenador varía mis prácticas, que podrían ser de suaves a intensas, por ejemplo, o que las carreras diarias suban de veinte a cuarenta y cinco kilómetros. Entonces para lo que me queda de orejas y presiento que será una dura rival. De lo contrario, no me desvela la idea de preocuparme contra quién tendré que pelear.

He sabido que fui la primera en venir a este palenque. No entiendo por qué no han diseñado uno exclusivo para perros. Éste sirve de escenario para los gallos de pelea. Imagínense, dos ovíparos desplumándose sin misericordia. La última vez que combatí en este mismo sitio apestaba a sangre de esos bichos de dos patas tan ridículos e insignificantes. Perdí el apetito por más de una semana.

Antes que me trajeran en uno de esos *picops* con palangana ancha, bebí bastante agua en casa. Antes de salir, también me bañaron dos veces con agua fría y me untaron loción en las cuatro patas. Durante el camino permanecí recluida dentro de la jaula importada de

color crema con azul. Durante el recorrido todo lo miré pasar muy rápido. Apenas percibí olores poco usuales como el que salía de unas extrañas plantas a las que todavía no he logrado acostumbrarme, pero me producen inmediatamente estornudos.

En el viaje también traje a la memoria mis entrenamientos. Ja, ja y las mordidas que tuve que acertar a cuatro perros callejeros que trataron de pasársela de listos. Además, recordé con náusea el horrible sabor a llanta —o mejor dicho, a hule desgastado— y por supuesto, los incontables trotes en la carretera: durante todas las noches corrí amarrada a la parte trasera del auto durante largos recorridos como parte de mi entrenamiento.

Eso me permitió estar segura de mí misma y sentirme orgullosa de ser una perra de pelea. Me da risa pensar en que pude haber nacido una simple cocker spaniel de peluche, una engreída pekinesa o una obediente pastora alemana.

Llegamos al palenque. Me sacaron de la jaula como cuando se carga a un cachorro por primera vez. Ingresé con el cuerpo cubierto totalmente con toallas. Al instante reconocí a una de mis favoritas. Por supuesto, el olor de la sangre queda impregnado en la tela durante varios meses. Una de ellas, verde oscuro, olía a mi sangre. Eso provocó que los pelos de mi nuca se erizaran. Tiré mordidas al aire y hacia los que se encontraban cerca de mí.

Claro que quienes llegaron a recibirme a la entrada principal aplaudieron con ira, pero nadie se atrevió a acercarse. Cómo explicarles que mi rabia no significaba el clásico ingreso que realizan los campeones cuando enfilan hacia el cuadrilátero. Se avientan contra el público, regañan con los colmillos y si pueden muerden a quien tengan enfrente. No, no, no. Yo estaba molesta porque aspiré el olor de mi sangre, el cual permanecía plasmado en ese montón de chirajos de tela

Entramos a la arena —aunque sólo es un decir, porque, total, es un improvisado ring de torta de cemento, con cuatro postes mal amarrados con simbólicas cuerdas de plástico.

Decía que cuando me soltaron corrí a toda velocidad simulando que mi rival estaba lista para dar inicio al espectáculo. Pero no fue así. Mi entrenador me gritó que regresara de inmediato. El escaso público que había llegado hasta entonces, hirvió de euforia. Con ambas y poderosas manos, que sostenían el pellejo de mi espalda, me trasladó a un cuarto oscuro. Me propinó unas palmadas en las nalgas y me conminó a que esperara por unos momentos. Afuera del apestoso cuartucho, colgaba un letrero que resaltaba mi nombre con letras mayúsculas y subrayadas: **MUÑECA**.

He permanecido aquí por casi dos horas. No recuerdo cómo fue, pero de un momento a otro percibí que Mandíbula estaba ubicada a pocos metros de distancia. En ese preciso

instante empecé a llorar de la rabia. Alguna vez escuché que alguien mencionó que los pitt bull nunca lloramos, pero quisiera decirle a esa persona que el llanto no sólo es cobardía, también significa coraje. Y precisamente de eso estaba cargada yo: de coraje. Así que cuando olfateé la presencia de Mandíbula, la sangre se me subió al apellido o sea al bull terrier.

Antes de seguir, creo que es conveniente que les cuente de mi contrincante. Nunca la consideré una fuerte rival, hasta que venció a Piraña en una muy disputada pelea. Esa vez a mí me tocó como adversaria La Tuerca, quien hacía honor a su nombre, porque hundía profundamente los colmillos, era muy terca para pelear y plana en todas sus curvas. No creo que algún macho se haya fijado alguna vez en ella. En esa pelea la acabé en menos de quince minutos. Yo no resulté golpeada, por lo que tuve la oportunidad de presenciar desde las gradas el siguiente combate.

Allí estaba Mandíbula, una hembra bañada de negro y con un pequeño parche blanco en la cara. Siempre atacando sobre su rival, mordiendo y mordiendo las patas y el cuello de su retadora. Hubo un momento en que Mandíbula se cansó y dejó de morder a Mola, una perra atigrada, campeona en parir cachorros. Ninguno supo qué hacer hasta que Mola soltó un estridente llanto. Mandíbula aprovechó la oportunidad y la mordió sin misericordia. Una de las toallas cayó muy cerca de ambas. Eso sentenció el final de la pelea.

El coraje de Mandíbula logró que por mi estómago corrieran mil hormigas. Ella me vio de reojo. Eso bastó para que a mí se me irguieran todos los pelos.

Ahora está ladrando a varios metros de distancia. Seguramente creará que con eso me va a intimidar, aunque por dentro no dejo de sentir que mi corazón late un poco más rápido de lo normal.

Empiezo a sentir algo frío. No he podido estar tranquila. Así que he empezado a morder la podrida madera de la que está hecho este cuarto húmedo, oscuro e incómodo. Ahora comprendo cómo se habrán sentido mis cachorros dentro de mi cuerpo, creo que la sensación ha de ser similar a ésta. Tal vez sea un ambiente un poco más limpio, pero lo cierto es que la soledad es inmensa —aunque la última vez nacieron cinco crías—, esta palabra no tiene dimensión.

Saber que dentro de unos minutos estaré luchando por mi orgullo, o quizá peleando solamente porque esa es mi profesión. Pensar que cuando una permanece dentro del vientre materno está dando sus primeros signos de coraje: luchando por la sobrevivencia. Claro, ahora recuerdo. Yo no he vuelto a ver a mis hijos. Si lo hiciera, lo más seguro es que pelearía con las hembras, o haría el amor con alguno de los machos. No sé por qué los traigo a colación. Es posible que extrañe sus ladridos, sus caricias de pitt bull que no son más que fuertes mordiscos y golpes con la cola. Tal vez extraño el crujir de sus dientes cuando mastican un hueso o las mordidas que me dieron en las orejas. No sé. Pero de lo

que sí estoy segura es que cuando termine la pelea —y si salgo victoriosa— estaré en recuperación durante dos meses o tres. Me vendrá mi período y aparecerá algún macho que me domine con sus mordidas. Luego me haga el amor hasta saciarse, él claro, yo muchas veces no quedaré completamente extasiada.

Después, dentro de sesenta y dos días, pariré. Me chuparán la leche, me morderán los pechos y en cuatro meses estaré lista para otra pelea.

Las pitt bull vivimos de esa manera. Algunas no poseen la destreza de pelear. Tal vez están acostumbradas a ser una inseparable pareja de alguien que tampoco tuvo el coraje de ser peleador, pero que produce aguerridos cachorros potencialmente campeones. Otras están fracturadas, heridas mortalmente o cuidando patios traseros.

Si el automóvil que me partió una pata cuando yo era apenas una cachorra hubiera tenido el suficiente tacto de deshacerme para siempre un músculo, de seguro estaría cuidando la terraza de una casa y siendo la partecoraciones de todos. La gente diría: ¡qué linda perrita! ¿pero, pobre, qué le pasó en la pata...? Y todas esas pendejadas que se les ocurren a quienes no tienen nada qué preguntar.

Bueno, aquí estoy. La primera llamada. Me ha cargado mi entrenador y otro tipo a quien no conozco. Estoy subida sobre una pesa. La aguja apuntó: cuarenta y cinco libras y media. La cara de todos demuestra que estoy en el límite y pelearé. Aplausos y hurras del público. Alguien grita que apostará por mí. Vaya, qué admiradores los que tengo. Pero otros dos le han aceptado la apuesta. Salen a relucir las libretas de apuntes. Destapan cervezas. Las luces de los videos me ciegan a ratos, pero aún no siento la presencia de Mandíbula en la arena.

Seguro la estarán pesando. O tal vez la bañaron con agua fría. Antes no comprendía el significado del agua, pero es muy lógico. Si alguien ha vertido sobre nuestro pelo alguna sustancia que repela al adversario, con el agua se limpiará todo residuo de la trampa. Es un tanto absurdo, pero en esta regla jamás nos han preguntado nuestra opinión.

Tengo los ojos vendados con una de mis toallas. Voy camino al cuadrilátero. De nuevo vuelve a mi roja nariz el asqueroso olor a gallo de pelea. Acabo de ser instalada en la esquina izquierda —la azul—. A un costado distingo un balde lleno de agua fría, esponjas, vendas y un bote de spray mágico.

Frente a mí está ella. Noto que trata de aparentar seguridad y jadea hacia mi esquina. Ah, pero también está ansiosa. Dos tipos con sombrero la sostienen con mucha presión. Ladra con intensidad, pero por momentos llora de cólera. Una siempre sabe cuándo se llora por cólera, por miedo o por amor.

Estoy lista. Aún siento el repugnante olor de los plumíferos, pero eso me ha encolerizado más. No me da tiempo a parpadear y siento la primera embestida de Mandíbula. El

público aplaude y está al borde de la locura. Escucho gritos y hasta balazos al aire. Me distraje un segundo. Ahora estoy debajo de mi furiosa adversaria. Ella comenzó ganando, pero yo tengo mejor condición física. La pelea no es solamente fuerza, la resistencia es parte de la estrategia.

Ella no entiende nada de eso y ha mordido mis dos patas delanteras. Alguien me insultó desde las gradas. Sólo eso me faltaba. Me gustaría verlos aquí, librándose de las tarascadas de Mandíbula, que no está dispuesta a ceder ni un pequeño espacio.

He intentado agarrar sus patas, pero me ha sido imposible. Únicamente forcejamos sosteniéndonos ambas nuca con nuestro hocico. Ella está dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias, pero yo también soy hueso duro de roer. Su agitada respiración está casi metiéndose entre mis orejas. Lleva mucha delantera, porque mis dos patas traseras están sintiendo la presión de sus quijadas. Nunca había sido tan sacudida con tanta violencia como hoy.

No creas, Mandíbula. Yo tengo mi arma secreta: consiste en embestir de frente, agachar la cabeza y colocarme debajo de tu pecho. Con velocidad giro hacia arriba y levanto el cuerpo de mi adversaria. Seguidamente espero a que caiga y ataco las partes más vulnerables.

Pero en esta ocasión, Mandíbula me ha esquivado como lo hubiera hecho la mejor de las bailarinas. Solamente sentí que una sombra negra dobló la cintura con agilidad y mi nuca sintió de nuevo la presión de sus colmillos.

Sin embargo, me doy cuenta que los dientes de Mandíbula no tienen la misma presión que la de hace veinte minutos. Es cierto, está perdiendo potencia.

No sé en dónde lo aprendí, pero entiendo que el resultado es bastante positivo. Ahora soy yo la que morderé con fuerza. Hasta que se arrepienta de cada una de las mordidas que acertó en mi cuerpo. Hasta que comprenda quién manda en este palenque. Hasta que de su esquina lancen la toalla blanca casi sobre nuestras cabezas.

Estoy de nuevo metida en la jaula importada. Extenuada, rendida y con heridas en todas las partes de mi cuerpo. Con una toalla han terminado de absorber mi sangre y la de Mandíbula. Debido al cansancio no puedo permanecer en cuatro patas. El *picop* viaja despacio. El extraño olor de esas plantas me ha provocado que estornude.

Seguramente me bañarán con agua fría y me curarán las heridas. Como si fuera una muñeca de trapo, me coserán con una cruda aguja en forma de hoz las partes deshiladas de mi cuerpo, me inyectarán con vitaminas y qué sé yo.

Como expliqué antes, dentro de tres meses vendrá un macho a asaltarme. Quizá me muerda con malicia y me demuestre que es más fuerte que yo. Se lo haré creer, me entregaré a él. Seguramente se sentirá todo un campeón de pelea. Nunca volveré a saber de él, pero tendré cuatro o cinco cachorros. Quizá sea mejor. Siempre he sostenido que es mejor que ellos se crean superiores. Yo continuaré peleando, hasta que interrumpa de nuevo mi carrera para amamantar a mis cachorros.

Algún sábado por la tarde, una de mis hijas me vencerá en ese sucio palenque que apesta a despellejadas plumas de gallo.